

Historia de Arte, Arqueología de la Arquitectura y el telescopio de Galileo

Art History, Archaeology of Architecture and Galileo's telescope

Fernando Arce Sainz
CCHS-CSIC. Madrid*

Resumen

La Historia del Arte y la Arqueología de la Arquitectura son dos disciplinas que convergen en un mismo objeto de estudio: la arquitectura histórica. Sin embargo, una y otra parecen por el momento darse la espalda sin que se aprecien intentos por buscar espacios de diálogo y debate. El encastillamiento conceptual y metodológico da lugar a repliegues defensivos que alimentan posturas irreconciliables. El presente artículo nace como una reflexión que quiere mover a la discusión tanto a historiadores del arte como arqueólogos, no tanto para buscar los puntos de encuentro sino para ver de qué forma se pueden superar los puntos de desencuentro con el objetivo de construir un marco conceptual y metodológico que sea asumible y compartido por unos y otros.

Palabras clave: herramientas metodológicas; estilo; tipo; debate interdisciplinar.

Abstract

Art History and Archaeology of Architecture are two convergent disciplines with a common object of study: the historic architecture. They turn away however from each other without intention of searching for dialogue and debate common spaces. The conceptual and methodological sticking results in defensive movements which feed irreconcilable positions. This paper intends to make a calling to debate to art historians and archaeologists with the aim of knowing how mixing-up points can be overcome in order to build up a conceptual and methodological frame used and shared by both of them.

Keywords: methodological instruments; style; type; interdisciplinary debate.

* fernando.arce@cchs.csic.es

El presente artículo es fruto de una serie de reflexiones en torno a la Historia del Arte (HA) y la Arqueología de la Arquitectura (AA), dos disciplinas que convergen en el estudio de un mismo objeto (los edificios históricos) pero que circulan por carreteras epistémicas y conceptuales distintas (Brogiolo, 1988), lo que hace poco probable, en la situación actual, que se unan formando una autopista de doble carril que haga fluir la información de una y otra respetando un mismo código de circulación. No sé cómo ni cuándo esto puede llegar a pasar. De hecho ignoro si son muchos o pocos los profesionales de la HA y la AA que estarían de acuerdo con esta idea. Por esta razón creo es fundamental la apertura de un debate que no termina de salir de las conversaciones informales entre compañeros. Al revisar la literatura científica generada en otros ámbitos científicos, en concreto el italiano, con más larga trayectoria que la española en el desarrollo de la AA, es muy poco lo que hay sobre las relaciones o, más bien, las pocas relaciones entre la HA y la AA (Brogiolo, 1988, 1995, 2002; Pierotti y Quirós, 2000). Las contadas referencias encontradas son siempre emitidas desde el colectivo de los arqueólogos de la arquitectura e ignoro si, entre los historiadores del arte italianos, se han producido o no respuestas suscitando una discusión que podría actuar de referente para el caso español. Mi intención, en definitiva, es aportar materia para un debate inaplazable que, sobre todo, la HA no debe eludir.

Debo advertir que, por motivos expositivos, se puede dar la sensación de que la HA y la AA son disciplinas monolíticas. No creo que haya una sola HA ni, mucho menos, una única AA ante la aparente «promiscuidad» epistemológica (Azkarate, 2008: 13) que se desprende de la consideración y el uso que se hace de la AA en diferentes entornos científicos (la Europa meridional incluyendo España, los países anglosajones, América Latina). Sin embargo, sí que hay algo que, por ahora, diferencia cualquier HA de cualquier AA: el elemento instrumental, metodológico. Es precisamente en torno a ese elemento donde gira buena parte de este artículo. Este enfoque, que no creo que sea el único posible, sin duda está determinado por el contexto epistemológico español, en el que la vertiente instrumental tiene una gran relevancia, hasta el punto que una de las principales críticas que recibe la AA hispana es que no suele trascender más allá de la aplicación del método estratigráfico. Sin entrar a valorar los términos de esta discusión lo que me parece innegable es que el instrumento (el método arqueológico de observación y registro basado en la estratigrafía «harrisiana» que usa la AA) es una poderosa herramienta de obtención de información que no tiene par-

gón en la HA, y que ésta no debe adoptar un papel pasivo o, lo que es peor, de indiferencia ante lo que está pasando, aunque sólo sea por el simple conocimiento positivo que viene dado por el aluvión de nuevos datos que suele acompañar cada lectura de paramentos y que, en no pocos casos, obliga a cambiar las comprensiones previas de los edificios emitidas por la HA.

Una última advertencia pensando en aquellos arqueólogos que se hayan sentido inquietos al leer el párrafo anterior. No considero que la AA sea básicamente una herramienta metodológica. Asumo y comparto el tantas veces repetido mantra arqueológico según el cual la «AA es una disciplina arqueológica, y por lo tanto, como disciplina histórica que es, persigue el conocimiento de la sociedad a través de los documentos materiales, en este caso arquitectónicos.» (Quirós, 2002: 28). El método estratigráfico, siguiendo al propio Quirós, es un criterio más de referencia para definir la AA, no su definición.

Aunque formado académicamente en la HA, mi experiencia profesional se ha movido fundamentalmente en el campo de la AA. De la mano de Luis Caballero Zoreda, pionero en España en la aplicación y difusión de la lectura de paramentos a partir de la experiencia italiana, he podido participar en no pocos registros arqueológicos de este tipo, sobre todo en edificios tardoantiguos y altomedievales por razones fáciles de adivinar, aunque tampoco han faltado fábricas de épocas más modernas (románicas, góticas, renacentistas). La mayor o menor antigüedad de los edificios no es relevante para las cuestiones que aquí se van a tratar. Lo que se pretende es poner de manifiesto que la AA es aplicable a cualquier edificio histórico y, por tanto, a cualquier periodo histórico. Por otro lado, el estado material del edificio a analizar no impone necesariamente un umbral por debajo del cual no es posible plantear su lectura estratigráfica. La mayoría de los ejemplos estudiados han llegado hasta nosotros todavía en pie y en uso, ya sea el original ya sea convertido en monumento momificado, pero también ha habido ocasión de aplicar el método en estructuras bastante arrasadas sacadas a la luz por excavación (Santa Eulalia de Mérida, Caballero y Feijoo, 1995; basílica de Segóbriga, Utrero, 2007, informe inédito manuscrito en CCHS-CSIC). Cualquier edificio de cualquier época es susceptible de ser leído arqueológicamente, igual que cualquier yacimiento puede ser excavado. Lo mismo cabe decir sobre la funcionalidad de las fábricas, si bien la experiencia nos dice que aquellos edificios que conservan un mismo uso a lo largo de periodos pluriseculares suelen contar con una estratificación más compleja.

En definitiva, la arqueología se ha dotado de un método propiamente arqueológico capaz de ser aplicado al estudio de la arquitectura. Este hecho ha sido consecuencia de una renovación metodológica de la disciplina a partir de la propuesta teórica y práctica del arqueólogo británico E. C. Harris (1989), pero también de la puesta en marcha de líneas de estudio que buscan trascender al objeto para conocer y definir a la sociedad que lo ha producido. Considerar que un edificio es un yacimiento arqueológico pluriestratificado y que puede ser observado y registrado según un principio propiamente arqueológico (la estratigrafía) ha permitido que la arqueología tradicional (excavatoria) saque la cabeza desde las profundidades de la tierra y dirija su mirada a las estructuras aéreas, hasta ahora objeto de estudio casi exclusivo de la HA¹.

Según mi experiencia, que puede ser compartida por otras personas que hayan hecho lecturas de paramentos, todos los edificios estudiados han sido, en mayor o menor medida, objeto de atención y análisis previos por parte de la HA. Esta circunstancia, en la que dos disciplinas con presupuestos teóricos y metodológicos diferentes tienen un mismo campo de trabajo (la arquitectura histórica), no parece que esté dando lugar a una convergencia de las experiencias sino más bien a un desencuentro y recelo mutuo. Tradicionalmente la frontera entre una y otra disciplina estaba bastante clara: la cota 0. Lo que estaba por encima de esa cota era para la Historia del Arte y lo que estaba por debajo era para la arqueología. Debemos recordar, no obstante, que hay capítulos de la investigación histórica en los que HA y arqueología se entrelazan y confunden. Pensemos, por ejemplo, en el mundo clásico, durante muchos años dominado por un enfoque arqueológico eminentemente objetual en el que todo empezaba y acababa en piezas singulares dotadas de cualidades artísticas que la arqueología desenterraba para llenar las vitrinas de los museos municipales, provinciales y nacionales. En cuanto a la arquitectura de este período, el interés se centró en los colosales edificios públicos (teatros, circos, foros, etc.), en las infraestructuras de ingeniería (puentes, acueductos, amurallamientos) y en las monumentales partes residenciales de los poderes dominicales de las villas campestres o, más bien, en sus pavimentos musivos. El objetivo

¹ Conviene recordar que también existe una Historia de la Arquitectura o Historia de la Construcción desarrollada, básicamente, por profesionales de la arquitectura. En el presente artículo no se van a tratar las relaciones entre esta Historia de la Arquitectura y la AA, no porque carezcan de interés sino porque darían material suficiente para otro artículo monográfico. Por otra parte, es una discusión sobre la hay bastante más literatura científica al respecto, por lo que se ha creído más conveniente centrar el tema en la HA y la AA al ser un campo de debate apenas explorado.

de los estudios solía ser determinar si fue tal o cual emperador el que hizo el teatro, el circo o el acueducto de turno, para lo cual la arqueología se convertía habitualmente en la búsqueda de un tesoro, que consistía en localizar la inscripción que diera cuenta del momento fundacional y sus protagonistas.

Hay además otros periodos históricos en los que la HA, incluso, ha ido por delante de la arqueología, marcándola de hecho el camino y ofreciendo fósiles directores con capacidad de datación. Así ocurre en la tardoantigüedad, momento por el que la arqueología apenas había mostrado interés y que, cuando lo hacía, se encontraba con unos registros materiales para los que no había modelos tipológicos de referencia. Un verdadero fastidio que a menudo era eludido cogiendo esos niveles ingratos y tirándolos literalmente a los vertederos arqueológicos, sobre todo cuando se tenía la certeza de que bajo ellos había otros niveles que sí contaban con referentes tipológicos y una consideración social y científica relevantes que minimizaban los daños colaterales que suponía alcanzarlos y estudiarlos. Es la HA y no la arqueología la que descubre y pone en valor un ciclo monumental asociado al periodo visigodo, hasta el punto que tienen lugar actuaciones patrimoniales tan sorprendentes y afortunadas como el traslado de la iglesia de San Pedro de la Nave a una nueva ubicación para salvarla de las aguas de un pantano gracias al impulso de Gómez-Moreno (García Cuetos, 2008). Dicho ciclo monumental, que irá engrosándose con nuevos objetos conforme proliferen los estudios dedicados a él, es definido y caracterizado en base a una serie de características técnicas y estéticas, entre las cuales la escultura decorativa asociada a la arquitectura se convierte en eficaz elemento de adscripción cronológica. De esta forma, la presencia de restos escultóricos considerados propios de ese ciclo artístico, bien en edificios en pie bien como hallazgos en excavación, permitirá fechar un periodo opaco para los arqueólogos. No dudó la arqueología que se aventuraba en zonas de tinieblas tipológicas iluminar el camino con la luz emanada desde el fósil director escultórico. Por ejemplo, la datación visigoda de Melque propuesta por Caballero en contra de la adscripción tradicional mozárabe de Gómez-Moreno vino determinada fundamentalmente, como él mismo ha expresado (Caballero, 2000), por la aparición de restos de escultura decorativa que encajaban en el considerado estilo visigodo definido por la HA antes que por otro tipo de datos emanados del registro arqueológico (cerámica) para los que no se tenía marcos referenciales.

A partir del altomedievo se dan unas circunstancias que se pueden considerar idílicas para el estudio de la

arquitectura desde la HA. Abultados elencos monumentales con evidentes aires de familia artística y un telón de fondo informativo de carácter literario (documentos, epigrafía) que jalona la cronología de no pocas fábricas. Así ocurre con los ciclos asturiano y mozárabe y así seguirá pasando con el románico, el gótico, etc. ¿Quién necesita a una arqueología que, por otra parte, apenas ha tenido presencia en los horizontes cronológicos postclásicos? La Edad Media (cristiana y musulmana) ha sido un terreno arqueológicamente marginal, por lo menos hasta la década de los 80 del siglo pasado. A partir de esos años un grupo de profesionales reivindica la necesidad de rebasar los márgenes de actuación tradicionales que se quedaban en lo romano y abogan por llevar los estudios de carácter arqueológico a horizontes cronológicos que sólo se trabajaban desde las fuentes escritas. Nacen los Congresos de Arqueología Medieval Española (Huesca, 1985; Madrid, 1987), impulsados desde la también recién surgida Asociación Española de Arqueología Medieval Española, donde se dan cita trabajos y experiencias de lo más variado en geografía, cronología y temática. Será en el ámbito de la arqueología medieval cuando, años más tarde, la AA empiece a dar sus primeros pasos en el ambiente investigador español. Las razones que explican esta confluencia de medievo y AA pueden ser varias. Por una parte está la experiencia italiana, inspiración y modelo de la AA española, que ha tenido en el mundo medieval su principal escenario de actuación y desarrollo como se pone de manifiesto en el título de su revista científica de referencia: *Archeologia Medievale*. Por otra parte, el método Harris comienza a ser manejado en España por arqueólogos principalmente postclásicos, lo que abona el terreno para la posterior traslación del método de la excavación a los edificios entre profesionales que ya se venían moviendo por esos derroteros cronológicos. Luis Caballero, sin ir más lejos, es un buen ejemplo. Es uno de los primeros arqueólogos en abrir la disciplina hacia los siglos tardoantiguos, al tiempo que empieza a desarrollar una línea de investigación en torno a la arquitectura monumental y la escultura decorativa de esa época. Su tesis doctoral sobre Santa María de Melque (Caballero y Latorre, 1980) aunaba ya ambos aspectos: arqueología y estudio de la arquitectura y la escultura. Años más tarde, en el contexto de una discusión provocada por él mismo sobre la definición cronológico-cultural de las producciones arquitectónicas y decorativas atribuidas a esas fechas, adopta como nueva herramienta de registro arqueológico el método estratigráfico realizando lecturas de paramentos en un buen número de edificios, algunos historiográficamente de tanto peso

como San Pedro de la Nave (Caballero y Arce, 1997), San Juan de Baños (Caballero y Feijoo, 1998) o Santa Comba de Bande (Caballero, Arce y Utrero, 2002). Para conocer los primeros pasos y consolidación de la AA en España ver los artículos de Caballero y Fernández Mier (1997) y Quirós (2002).

En resumidas cuentas, la HA es una disciplina de larga trayectoria historiográfica con una importante presencia académica y un amplio reconocimiento social que se muestra segura de sus capacidades, como ha ido demostrando a lo largo del tiempo con la confección de modelos históricos coherentes basados en la teoría de los estilos. La HA, de momento, no parece sentirse atraída por los resultados que obtiene la AA en el estudio de los edificios. Ambas disciplinas, al fin de al cabo y como declaran *sotto voce* algunos historiadores del arte, parten de la observación de los edificios, de una autopsia en el pleno sentido del término (lo que se ve con los propios ojos), por lo que mucha gente se pregunta qué es lo que puede ver la arqueología que no hayan visto las legiones de historiadores del arte que por los edificios han pasado.

Cuando Galileo Galilei se puso a mirar el firmamento otros muchos le habían precedido, pero él contaba con un instrumento que contribuyó a cambiar de forma definitiva nuestra concepción del universo. En el año 2009 se cumplen 400 años de la fabricación, por parte del propio Galileo, del primer telescopio adaptado a la observación astronómica. Gracias a este instrumento óptico se pudieron ver cosas imposibles de percibir a simple vista (las lunas de Júpiter, las manchas solares) pero, sobre todo, se pudo mejorar notablemente el registro de las trayectorias orbitales de los planetas. A resueltas de estos nuevos datos Galileo inclina de forma decisiva la balanza hacia las teorías heliocéntricas copernicanas en detrimento de la visión geocéntrica aristotélica y ptolemaica, que además contaba con el refrendo de la palabra divina recogida en la Biblia ya que fue Dios el que puso al hombre, y por tanto la tierra, en el centro del universo haciendo que las estrellas y los planetas giraran en torno a ella.

Con esta alusión a un capítulo de la Historia de la Ciencia se quiere poner de manifiesto que la observación científica no se reduce a una capacidad fisiológica (el sentido de la vista) sino que está determinada por el observador, por los instrumentos que emplea y por el marco epistemológico del que parte. La arqueología no ha inventado un artefacto como el telescopio de Galileo, pero ha desarrollado una metodología para la observación y registro de los edificios históricos que permite obtener información difícilmente aprensible desde el enfoque tra-

dicional de la HA. El método en cuestión, basado en las leyes de la estratigrafía, creo que es suficientemente conocido por los lectores de esta revista².

Las lecturas de paramentos, entre otras cosas, dan lugar a lo que podríamos llamar «microhistorias»: el análisis de una pequeña porción de la Historia bajo la forma de un edificio concreto. El edificio es estudiado y entendido de forma dinámica como escenario plurisecular de acontecimientos históricos que le han afectado a él y sólo a él, dando como resultado una biografía constructiva detallada única e intransferible. Cada capítulo de esta microhistoria se inscribirá y tendrá sentido en la macrohistoria: el contexto material, social, cultural presente en cada actuación que ha dejado una huella reconocible. El contexto histórico de una iglesia fundada originalmente como un templo perteneciente a un monasterio, pongamos por caso en el siglo X, será diferente a otros que, en ese mismo lugar, dieron como resultado otras intervenciones a lo largo de una secuencia que puede prolongarse muchos siglos. Desde la HA se puede alegar que también es posible percibir y reconstruir la microhistoria de un edificio desde la teoría de los estilos. Que no es necesaria la estratigrafía para poder distinguir, sin temor a errar, lo prerrománico, lo románico, lo gótico o lo neoclásico. Además está el recurso complementario de la información textual, la cual no puede ser leída por la AA a no ser que esta información esté inserta materialmente en los edificios (inscripciones).

Como decía, la HA tiene suficiente experiencia taxonómica pero, desde mi condición de historiador del arte familiarizado con la AA, advierto que lo que llamamos estilo puede ser algo bastante escurridizo y que es la estratigrafía la que permite echarle el lazo. Una unidad estratigráfica cualquiera definida por sus soluciones de continuidad siempre ocupa un lugar preciso en la secuencia temporal en virtud de las relaciones físicas respecto a las otras unidades estratigráficas con las que tiene contacto. El estilo, en cambio, puede no estar en el lugar que históricamente le corresponde. Podré un ejemplo que tiene que ver, en este caso, con el estilo Románico. La iglesia de San Esteban en la localidad de Atán (Lugo), aparece por derecho propio en los catálogos de arquitectura románica gallega (Yzquierdo, 1983) por mor de incontestables argumentos de estilo representados por sendas portadas de profusa decoración escultórica, un conjunto de canchillos blasonando los aleros y una técnica constructiva a base de

² Para aquellos que no estén familiarizados con la disciplina, pensando en historiadores del arte, recomendaría unas lecturas básicas (Harris, Carandini, Parenti, Caballero, Caballero y Escribano) publicadas en castellano y recogidas en el apartado bibliográfico.

sillería modular con marcas de cantero tan características de la edilicia plenomedieval. Hace algunos años, en el contexto de una actuación de conservación, la dirección facultativa encargó una lectura de paramentos ante la posibilidad de que pudiera existir una fase altomedieval. Hay noticias documentales que aluden a varias iglesias en Atán desde el siglo VIII y, en el actual templo, hay reaprovechada una celosía de tipología prerrománica. Hecha la lectura (Caballero, Arce y Utrero, 2003a; Idem, 2003b) se puede afirmar que en la microhistoria del edificio estudiado no hay ningún capítulo prerrománico. Las partes conservadas más antiguas son plenomedievales, románicas, pero curiosamente no incluyen ni las portadas ni los canchillos ni, naturalmente, el cuerpo de fábrica en el que se integra todo el aparato escultórico. Todo este sistema decorativo forma parte de una importante fase de remodelación que, en la secuencia estratigráfica, no ocupa, como hemos dicho, el primer escalón que arrancaría seguramente en el siglo XII. En concreto esta fase sería tardomedieval o incluso moderna (fase IIIc de Caballero, Arce y Utrero). A la hora de caracterizar esta fase desde sus diferentes aspectos (técnico productivos, estructurales, estéticos) en efecto se puede afirmar que la mayor parte del repertorio decorativo así como el material pétreo que conforma los muros son tipológicamente románicos, si bien no estoy seguro de que tal expresión sea la más adecuada ya que yuxtapone conceptos que está por ver si son equiparables: el tipo y el estilo. A lo que vamos, lo que ha ocurrido en Atán es que se han reutilizado materiales decorativos y constructivos románicos en una fase de remodelación acontecida varios siglos más tarde, circunstancia difícilmente detectable únicamente desde el estilo.

Capítulos como éste de reutilizaciones constructivas y decorativas se están revelando, a partir de los estudios de la AA, como un recurso nada extraño en la historia de los edificios. Percibir los reempleos o no dará lugar a comprensiones y explicaciones totalmente distintas sobre las que se construirán los relatos históricos correspondientes, ya sea desde un punto de vista histórico cultural, social o antropológico. Asunto, en lo que le toca, de capital importancia para la HA ya que existe el riesgo de que un «estilo intruso» suplante la personalidad artística de un momento histórico que no es el suyo. Un ejemplo claro a este respecto es la iglesia de San Juan de Baños. Este edificio es fechado de forma mayoritaria pero no unánime a mediados del siglo VII en virtud del contenido literario de la celeberrima inscripción. Arquitectura, escultura y placa son tenidas como coetáneas. Se admitía tradicionalmente que al menos dos capiteles de las arquerías eran romanos reutilizados

pero, el resto, se daba como original. Sin embargo, parte destacada del elenco decorativo de la iglesia (no sólo los capiteles romanos) muestra evidentes síntomas de reutilización (Caballero y Feijoo, 1998). En otras palabras, existe un cupo de decoración escultórica que perteneció a otro/s edificio/s más antiguo/s llevado a San Juan de Baños en el momento de su construcción originaria, se haya producido o no en la fecha que indica la placa (en un estudio reciente se defiende que la inscripción se talló en época altomedieval sobre una base literaria visigoda; del Hoyo, 2006). Los elementos aportados comparten sistema decorativo con piezas que sí se tallaron ex profeso para la fase fundacional. Sin embargo, casi todos los estudios sobre la decoración del edificio hacen de las piezas intrusas (los frisos impostas de los ábsides) modelos de estilo de mediados del siglo VII cuando, las que de verdad serían de esas fechas (siempre y cuando contenido y labra de la inscripción sean del VII) son las otras (grupos 3A y 3B de Caballero y Feijoo), que curiosamente apenas son tenidas en cuenta a la hora de caracterizar decorativamente el periodo visigodo. Así, el ADN histórico/artístico de los intrusos se cuele en la cadena genética de otro horizonte histórico/artístico y, lo que es peor, es capaz de colonizarlo. Cuando encontremos otras piezas que tengan un perfil genético similar, aunque carezcan de datos relativos a su cronología, podemos datarlas con seguridad gracias al modelo decorativo que se tiene por auténtico. La escultura asume entonces, en el caso de Baños y en cualquier otro, el papel de fósil director pero con un error de calibración que puede ser de decenas o centenas de años. La AA, con su método estratigráfico, permite afinar la calibración³ aunque sólo sea para determinar si la manufactura de una escultura integrada en un edificio es o no coetánea a su puesta en obra.

En la observación científica, como se ha indicado anteriormente, entran en juego los instrumentos empleados (en nuestro caso no un instrumento físico sino un método instrumental) y también las construcciones teóricas y conceptuales de las que parte el observador. En este

³ El concepto de calibración se inspira en la función correctora que tiene la dendrocronología en el marco de los análisis de radiocarbono. Salvando las distancias, la secuencia dendrocronológica de una madera equivaldría a la secuencia estratigráfica de un edificio o un yacimiento excavado. No es lo mismo tomar una muestra en el centro de un tronco que en parte exterior cuando, por ejemplo, puede haber entre medias 200 ó 300 anillos de crecimiento (por tanto años de calendario). La dendrocronología impone entonces una lógica, en este caso biológica, a la que los análisis de radiocarbono deben supeditarse en su valoración. De forma similar, la estratigrafía impone otra lógica, en este caso histórico/material, a la hora de interpretar las tipologías y los estilos. Un elemento concreto, por mucho que tipológicamente pertenezca sin ninguna duda a un horizonte cronológico preciso, debe ser entendido en el contexto de su ubicación estratigráfica.

sentido, cuando hablamos de puntos de partida, se observa de forma acusada en la HA, aunque también se constata en no pocos arqueólogos, la supeditación del estudio y comprensión del documento material a guiones preestablecidos. Dichos apriorismos son de dos tipos. Uno, que es en mi opinión el de mayor trascendencia, tiene que ver con las historias de los edificios elaboradas a partir de fuentes informativas literarias que pueden aparecer bajo formas muy diversas. El otro, que sólo dejo apuntado en el presente artículo, viene dado por el criterio de autoridad. En alusión al tipo de apriorismo que aquí se va a tratar, el literario, es de lo más normal que el objeto material se convierta en legitimador del relato histórico deducido de las fuentes. No se trata de cruzar los datos entre ambos registros (edificio y documentos) sino, más bien, de encontrar argumentos en lo material que validen el guión literario. Recordemos que durante mucho tiempo la arqueología ha sido ciencia auxiliar de una historia construida desde las fuentes escritas. El valor concedido al testimonio textual, verbalizaciones salidas de las mentes de los sujetos históricos, ha sido aplastantemente mayor respecto al otorgado a los mudos materiales arqueológicos.

Algo que enseña la AA es que hay que dejar los apriorismos en casa. Esto no quiere decir que la información no estrictamente arqueológica sea borrada del disco duro mental. Lo que se trata es de mantener cada tipo de registro en las esferas epistémicas y hermenéuticas que les son propias. En esta fase del trabajo el arqueólogo es un estratígrafo que mira por el telescopio y está obligado a justificar sus conclusiones con los listados de las unidades estratigráficas identificadas, los diagramas correspondientes en los que se muestran las relaciones físicas entre elementos y la visualización de los resultados sobre una base gráfica planimétrica o fotográfica. El mismo arqueólogo, a partir de cierto momento, da por concluida su labor de estratígrafo y pasa a confeccionar un discurso histórico en el que tenga sentido y utilidad lo observado. En este punto se ponen sobre la mesa todos los datos que se puedan reunir en torno al objeto estudiado, desde las noticias documentales hasta la literatura científica pasando por el registro arqueológico paramental y, de existir, el registro arqueológico del subsuelo y las cubiertas. En definitiva, el registro material, obtenido y justificado por el método empleado, es independiente e intransferible y no tiene ni que validar ni ser validado por otros registros, los cuales son igualmente independientes e intransferibles. El cruce de información debe hacerse sin prejuicios ni apriorismos, precisando los puntos en los que puede haber convergencia entre las diferentes historias pero también

señalando aquellos en los que puede haber desencuentros o contradicciones.

Mientras pongo por escrito estas reflexiones he tenido la oportunidad de leer un trabajo reciente sobre San Miguel de Escalada (Bango, 2007) que representa a la perfección una forma apriorística de acercarse a la realidad material de un objeto desde un guión literario. En el estudio se propone una nueva interpretación de la historia constructiva de la iglesia, no como consecuencia de un nuevo acercamiento a su materialidad sino como resultado de una reinterpretación de la documentación textual vinculada al templo. Entre esta documentación se encuentra el famoso epígrafe desaparecido del 913 en el que hay datos relativos a las fases más antiguas del lugar como asiento de edificios previos de carácter religioso. En tanto en cuanto cambia la interpretación del texto cambia la historia material de la iglesia. La revisión de este documento, que conviene recordar se reduce a una traslación del contenido literario de un epígrafe desaparecido hace siglos (Anedda, 2004), es el resultado de la digestión, con veinte años de retraso, de una información de tipo arqueológico generada por la excavación de todo el interior del templo (Larrén y Caballero, 1988). Tras el vaciado del subsuelo se constata sin ningún género de dudas que, bajo la actual iglesia, no hay ninguna estructura previa amortizada que pudiera formar parte de un edificio cultural (cristiano) anterior. Un dato tan prosaico como este suscita sin embargo bastante agitación entre algunos historiadores del arte ya que supone admitir que, al menos, una parte del relato contenido en la inscripción no es veraz. Según dicho relato cuando el abad Alfonso llega con sus compañeros a Escalada a finales del siglo IX encontraron una iglesia en ruinas que deciden reparar convirtiéndola en la primera iglesia de la nascente comunidad monástica. Transcurrido un tiempo, siempre según la inscripción, se levanta una nueva iglesia de mayor tamaño y riqueza decorativa que es, a fin de cuentas, la verdadera protagonista del texto epigráfico y la que se quiere fijar en la memoria del lector. Antes de la excavación esta historia era perfectamente verosímil ya que, a pesar de lo mil años transcurrido, es posible en la actualidad identificar buena parte de la arquitectura y la escultura de una iglesia que encajaría en los inicios del siglo X, amén de otras intervenciones posteriores al momento fundacional como la parte occidental del pórtico sur, el forro de sillería de los ábsides central y sur y el arco de Sabarico (puerta suroeste) por citar las intervenciones posfundacionales más antiguas (siglos X y XI). Las dos iglesias anteriores (la premonástica y ésta misma reconstruida por el abad Alfonso) estarían

literalmente debajo de la alfombra pero, cuando ésta se levantó, no había rastro de ellas. A la luz del dato lo más sensato sería admitir que la memoria histórica generada por el relato epigráfico no coincide con la memoria histórica emanada del registro material y que, por tanto, debe ser analizado en una esfera interpretativa y comprensiva que busque explicar por qué la memoria intelectual y la memoria material no coinciden. O, cuando menos, asumir la evidencia y modificar el discurso tradicional, como hace Martínez Tejera en otro trabajo sobre Escalada (Martínez Tejera, 2005) al admitir que la iglesia primigenia no está debajo de la del X pero que no debe de andar lejos ya que la misma excavación sacó a la luz niveles de habitación tardoantiguos, dato que le sirve para vincular estos espacios con un ambiente cultural, de época visigoda, muy próximo pero aún no localizado arqueológicamente que vendría a dar veracidad al texto aunque corrigiéndolo.

Pero Bango está dispuesto a ir más lejos a la hora de reivindicar una absoluta sintonía entre relato y realidad material. Si la arqueología nos dice que bajo la actual iglesia no hay ninguna otra seguro que el texto contiene la clave que lo explica, partiendo siempre de un hecho que jamás se discute y que es, en gran medida, la quimera del oro de este artículo: que en el lugar de Escala existió un antiguo templo (visigodo concretamente) que los monjes mozárabes vieron, tocaron y disfrutaron. En contra de lo habitual, en el punto de partida de la argumentación el apriorismo se invierte: el documento arqueológico es el que mediatiza la comprensión del documento literario. El texto tiene que decir que hubo una iglesia preislámica (se dice) pero, además, que esta no se arruinó a pesar de que el texto parezca decir lo contrario ya que, si no, la arqueología habría dado con la osamenta del viejo edificio. Sin entrar en detalles el caso es que se articula un nuevo discurso sobre la historia constructiva del edificio: había una iglesia antigua que, en vez de estar arruinada, se encontraba en buen estado de conservación cuando los monjes llegan a finales del IX, hasta el punto que hacen de ella su primer lugar de culto sin necesidad de repararla. Cuando se hace la iglesia conmemorada en el epígrafe, si se hubiera tirado la anterior, habría aparecido en excavación, ergo la primera iglesia está delante de nuestras narices, prácticamente entera, integrada en la primera fase mozárabe. Ahora, el apriorismo de tipo literario, tras la relectura, retoma el liderazgo y se impone a la realidad material. Si el texto dice, según la nueva lectura, que el templo está ahí tenemos que ser capaces de encontrarlo en pie. Y se encuentra, aunque este descubrimiento sería materia de otro artículo. Lo que se quería destacar de este trabajo no

son las conclusiones a las que se llega sino sus puntos de partida.

Resumiendo, pilares básicos para la HA (el concepto de estilo, las comparaciones analógicas, la información literaria) necesitan someterse al rigor que está aportando la AA, corregirse y calibrarse con un nueva forma de obtener e interpretar los datos. Todo lo dicho hasta ahora no es la antesala para proclamar que la HA debe de hacerse a un lado y dejar en manos de la AA el estudio de los edificios, en la voz además de un historiador del arte. Lo que se pretende es llamar la atención de los colegas de profesión ante una situación que parece demandar una profunda reflexión en torno a las bases epistemológicas y conceptuales de la disciplina. La insistencia del enorme salto cuantitativo y cualitativo que supone el uso de una herramienta metodológica arqueológica en la observación y estudio de la arquitectura frente a los postulados tradicionales de la HA, es sin duda fundamental pero no quiere decir que las cosas queden reducidas al plano instrumental.

Desde la AA se viene diciendo que la HA de los estilos es un camino agotado y superado, que habla un lenguaje diferente que no se puede implementar ni metodológica ni conceptualmente con la AA. Esto da lugar, por parte de ciertos arqueólogos, a la creación de un fortín disciplinar (Brogiolo, 2002: 22) de sólidos cimientos epistemológicos que deja fuera a todo aquello que pueda relacionarse con la HA, que es vista como otro fortín en el que sus moradores no dejan pasar a la AA y así justificar el propio enrocamiento. Se hace palpable la presencia de una frontera que la inmensa mayoría de los arqueólogos no quieren cruzar, bien por falta de formación, bien porque quieren dejar claro que ellos no hacen HA. La creación de tipos, elemento propiamente arqueológico frente al estilo artístico, está permitiendo, dentro del marco metodológico estratigráfico, perfilar indicadores cronológicos referidos a multitud de aspectos que tienen que ver la arquitectura: tipos de aparejos, herramientas usadas, elementos estructurales, la mensiocronología. Los tipos, también, permiten obtener una lectura histórica trascendente. Se busca dar el salto desde la arqueografía (la definición taxonómica del tipo) a la sociedad que lo ha producido. Efectivamente, el que en una secuencia histórico constructiva aparezcan tipos distintos no sólo ayuda al arqueólogo a diferenciar y ordenar las fases sino también a usarlos como vectores de conocimiento de las sociedades que los han producido. Se acabó hablar de una sucesión de estilos como inevitable consecuencia de los cambios de moda a lo largo de la existencia de los edificios. Como historiador del arte estoy de acuerdo con las críticas a una HA anclada en los estilos pero tam-

co veo claro cuál es la propuesta alternativa desde la arqueología para el tratamiento de la dimensión artística de la arquitectura. La dimensión artística se refiere a las respuestas estéticas e icónicas que, en la arquitectura (monumental más que vernácula), aparecen bajo la forma de sistemas decorativos integrados en la arquitectura (escultura, pintura, estucos, mosaicos, carpinterías,) sin olvidar el propio valor plástico de las estructuras arquitectónicas (los arcos, las ventanas, las puertas, las cubriciones líneas o pétreas, los propios volúmenes arquitectónicos). Sobre esta cuestión no veo que la AA vaya a desarrollar su propia línea de análisis. Tampoco es extraño ya que, desterrado el concepto de estilo y asumido el de tipo, ¿cómo tipologizamos arqueológicamente el elemento artístico al rebasar el soporte material, arqueografiable, y entrar en el terreno de las percepciones? El impacto de una herramienta en una piedra nos habla del utillaje empleado por los operarios, las marcas de cantero de los edificios plenomedievales nos ayudan a conocer los sistemas de trabajo, Pero, qué pasa cuando contemplamos la dimensión artística de la arquitectura. Ya se ha visto que la AA, gracias a su herramienta instrumental, es capaz de secuenciar y diferenciar el o los sistemas decorativos al tiempo que se secuencian las fábricas en las que se integran; es capaz también de detectar situaciones de reempleo; igualmente puede aportar información sobre la manera de trabajar de los talleres, si están o no integrados en el proceso constructivo, cuáles son los materiales que usa y cómo los transforma, etc. (Caballero y Arce, 2006). Pero cualquier sistema decorativo, una vez terminado, sigue transmitiendo una información que no deja huella en la materia en un sentido equiparable a las que provoca el trabajo manual o mecánico, aprensibles por la arqueología. En el campo de la iconografía esto es algo evidente pero pienso también que la decoración en un sentido amplio, aunque no contenga inequívocas representaciones de carácter iconográfico, no es una elección antojadiza. Hay una intención, un mensaje, una digamos representación intelectual bajo la forma de materiales manufacturados. Hay que preguntar a la AA, desde la HA, si le interesa o no el estudio de esta dimensión informativa. Si sus bases epistemológicas y conceptuales son capaces o no, en primer lugar, de crear tipologías y, en segundo lugar, de hacer una lectura de corte social. Esta demanda debe hacerse desde una HA dispuesta a implicarse que, sin duda, debe cambiar y revisarse mirando el ejemplo de la experiencia arqueológica, no como un mero seguidismo sino con la voluntad de aprender, aportar y discutir en una nueva masa crítica que, por ahora, capitalizan los arqueólogos. La HA, usando la estratigrafía como elemento de corrección, pue-

de dar una nueva orientación y mayor rigor a la tradicional comparación analógica, tan denostada y criticada por muchos arqueólogos. En efecto, más que un uso se suele hacer un abuso de esta herramienta de adscripción y catalogación de la HA. El baile de imágenes suele ser mareante y en él, lo parecido, sale de la pista convertido en paralelo sin que parezca importar que los grupos de baile estén formados, en muchas ocasiones, por piezas de procedencias y cronologías dispares. En esto la historiografía alemana es una verdadera potencia como se pone de manifiesto en los fundamentales estudios realizados en España y Portugal por el Instituto Arqueológico Alemán sobre el arte tardoantiguo y altomedieval. A pesar de los excesos los estudios analógicos pueden ser válidos y operativos para la AA en tanto en cuanto es ella la que puede marcar y definir el terreno de la comparación. Bajo estas condiciones epistemológicas la dimensión estética, tan poco apreciada por los arqueólogos, debe terminar dando lugar a tipos con capacidad adscriptora en un sentido bastante diferente al mencionado unos párrafos más arriba cuando hablaba del uso de la escultura decorativa como fósil director en el arte y la arqueología tardoantigua.

En definitiva, sería más que conveniente que los historiadores del arte nos pusiéramos también a mirar por el telescopio arqueológico y aportáramos el fruto de nuestras observaciones. Es posible abrir un camino que pueda dar nuevos impulsos a la disciplina pero, para ello, unos y otros debemos salir de los fortines y sentarnos a discutir sin recelos. G. P. Brogiolo a pesar de que años atrás ofreciera una imagen pesimista respecto a las posibles relaciones entre HA y AA al ser definidas como compartimentos estancos disciplinares sin posibilidad de interacción (Brogiolo, 1988), valora ahora de forma positiva las aportaciones que puede hacer la HA (Brogiolo, 2002: 22). También manifiesta que, por qué no, pueda haber historiadores del arte que manejen la herramienta arqueológica, de la misma forma que puede haber arqueólogos que desarrollen el estudio de la dimensión artística de la arquitectura (Brogiolo, 1996: 32). J. A. Quirós, por su parte, habla de la «incómoda situación disciplinar intermedia» de la AA que puede dar lugar, en tradiciones consolidadas, a una «socialización del instrumental» entre las distintas disciplinas que convergen en el estudio de la arquitectura (Quirós, 2002: 29). Seguramente no esté pensando con contar con la HA en posibles diálogos disciplinares habida cuenta de su opinión al respecto en otros trabajos (Pieroti y Quirós, 2001), donde su diagnóstico reafirma la imposibilidad de confluencia indicada años atrás por Brogiolo. Desde el tipo de HA que se describe es cierto que las vías no se cruzan y

que los destinos son muy distintos, pero nada impide que una HA desde otras bases epistemológicas y conceptuales pueda implicarse en un diálogo interdisciplinar con la AA.

Bibliografía

- Anedda, D., 2004: «La desaparecida inscripción de consagración de la iglesia de Escalada: un acercamiento prudente», *Antigüedad y Cristianismo*, XXI, pp. 375-385.
- Azkarate, A., 2008: «La Arqueología de la Arquitectura en el siglo XXI», *Arqueología de la Arquitectura*, 5, pp. 11-14.
- Bango, I., 2007: «Los expolios del paisaje monumental y la arquitectura hispana de los siglos VII al XI. Reflexiones sobre el proceso constructivo de San Miguel de Escalada», *De Arte*, 7, pp. 7-50.
- Brogio, G. P., 1988: «L'analisi stratigrafica: un metodo per la lettura delle modificazioni architettoniche», *Abacus*, 14, pp. 12-15.
- Brogio, G. P., 1995: «Arqueología estratigráfica y restauración», *Informes de la Construcción*, vol. 435, pp. 31-36.
- Brogio, G. P., 2002: «L'archeologia dell'architettura in Italia nell'ultimo quinquenio (1997-2001)», *Arqueología de la Arquitectura*, 1, pp. 19-28.
- Caballero, L., 1995: «Método para el análisis estratigráfico de construcciones históricas o «Lectura de paramentos», *Informes de la construcción*, 435, pp. 37-46.
- Caballero, L., 2000: «La arquitectura denominada de época visigoda, ¿es realmente tardorromana o prerrománica?», en Caballero, L. y Mateos, P. (eds.), *Visigodos y Omeyas. Un debate entre la Antigüedad Tardía y la alta Edad Media*, Anejo del *Archivo Español de Arqueología*, 23, pp. 207-247.
- Caballero, L. y Arce, F., 1997: «La iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora). Arqueología y arquitectura», *Archivo Español de Arqueología*, 70, pp. 221-274.
- Caballero, L. y Arce, F., 2006: «Producción decorativa y estratigrafía», en Caballero L. y Mateos, P. (eds.), *Escultura decorativa tardorromana y altomedieval en la Península Ibérica*, Anejo del *Archivo Español de Arqueología*, 41, pp. 233-274.
- Caballero, L., Arce, F. y Utrero, M.^a Á., 2004: «La iglesia de San Torcuato de Santa Comba de Bande (Orense): arqueología de la arquitectura», *Archivo Español de Arqueología*, 77, pp. 273-318.
- Caballero, L., Arce, F. y Utrero, M.^a Á., 2003a: «San Esteban de Atán (Lugo). Un ejemplo de iglesia que no es lo que parece», *Arqueología de la Arquitectura*, 2, pp. 63-68.
- Caballero, L., Arce, F. y Utrero, M.^a Á., 2003b: «The archaeological study of San Esteban de Atán (Lugo-Spain). A Pre Romanesque, Romanesque or Modern church», *Archaeotecture, Archaeology of Architecture*, BAR International Series, 1175, pp. 173-187.
- Caballero, L. y Escribano, C. (coord.), 1996: *Actas del Congreso Arqueología de la arquitectura: el método arqueológico aplicado al proceso de estudio y de intervención en edificios históricos*, Burgos.
- Caballero, L. y Feijoo, S., 1995: «Análisis de elementos constructivos en Santa Eulalia de Mérida-España», *Informes de la construcción*, 435, pp. 51-62.
- Caballero, L. y Feijoo, S., 1998: «La iglesia altomedieval de San Juan Bautista de Baños de Cerrato (Palencia)», *Archivo Español de Arqueología*, 71, pp. 181-242.
- Caballero, L. y Fernández Mier, M., 1997: «Análisis arqueológico de construcciones históricas en España. Estado de la cuestión», *Archeologia dell'architettura*, 2, pp. 147-158.
- Caballero, L. y Latorre, J. I., 1980: *La iglesia y el monasterio visigodo de Sta. María de Melque (Toledo). Arqueología y arquitectura. S. Pedro de la Mata (Toledo) y Sta. Comba de Bande (Orense)*, en Excavaciones Arqueológicas en España, 109.
- Carandini, A., 1997: *Historias en la tierra: manual de excavación arqueológica*, Barcelona.
- García Cuetos, M.^a P., 2008: «Alejandro Ferrant y Manuel Gómez-Moreno: aplicación del método científico del CEH a la restauración monumental», *Loggia: arquitectura y restauración*, 21, pp. 8-25.
- Harris, E. C., 1989: *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona.
- Hoyo del, J., 2006: «A propósito de la inscripción dedicatoria de San Juan de Baños», en Fernández, C. y Gómez Pallarés, J. (eds.), *Temptanda viast. Nuevos estudios sobre la poesía epigráfica latina*, Barcelona, pp. 90-98.
- Martínez Tejera, A., 2005: *El templo del monasterium de San Miguel de Escalada*, Madrid.
- Parenti, R., 1995: «Historia, importancia y aplicaciones del método de lectura de paramentos», *Informes de la construcción*, 435, pp. 19-29.
- Pierotti, P. y Quirós, J. A., 2000: «Archeologia dell'architettura e storia dell'architettura: due discipline a confronto», *Atti del II Congresso Nazionale di Archeologia Medievale*, Brescia, pp. 377-380.
- Quirós, J. A., 2002: «Arqueología de la Arquitectura en España», *Arqueología de la Arquitectura*, 1, pp. 27-38.
- Utrero, M.^a Á., 2007: «Lectura de paramentos de la basílica de Segóbriga (Saelves, Cuenca). Septiembre 2006», Madrid (informe manuscrito en IH-CSIC).
- Yzquierdo, R., 1983: *La arquitectura románica en Lugo*, La Coruña.

Recibido: 11 de mayo de 2009

Aceptado: 14 de septiembre de 2009